

ASPASIA, CORTESANA DE MILETO
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO

Alta comedia en tres actos, estrenada en el Teatro Colón de Bogotá el seis de octubre de mil novecientos sesenta y dos, por la Compañía Santafereña de Teatro, bajo la dirección de Eduardo Osorio Cañón y Alfonso Graiño.

La acción en Atenas en el siglo v antes de Cristo, llamado siglo de Pericles.

REPARTO:

PERICLES, El creador de la Democracia	Eduardo Osorio Canón
SOCRATES, el moralista	Alfonso Graiño
FIDIAS, el escultor	Adolfo Márquez
ANAXAGORAS, el filósofo	Fernando Ruiz
HIPODAMO, el utopista	Pedro Noguel
ARISTOFANES, el poeta	Julio Cesar Marcelo
JANTIPO, hijo de Pericles y Filexia	Julio Carvajal
PARALO, hermano de Jantipo	Bernardo Torres
LAMARCO, conspirador	José J. Carvajal
MENILO, conspirador	Alberto Saavedra
HERMIPO, conspirador	Pedro Noguel
JUEZ	Alfonso Bohórquez
ACUSADOR	Jorge Vargas
ASPASIA, la animadora	Rita Morán
FILEXIA, la primera esposa	Marina García
ELPINICE, la resentida	Adela Moreno
IFIGENIA, esclava y modelo	Carmenza Rojas
TARGELIA, esclava	Rita Montealegre

CORO DE ESCLAVAS. - Gladys Gil, Flor Angel, Berta Sosa, Doris Gómez, Nora Arango, Luisa Pedraza, Inés Zamudio, Elisa Suárez, Rosita Morán, Perla Moreno y Sofía Gómez.

PUEBLO. - Jorge Silva, Antonio Martinez Z., José L. Uscátegui, Miguel Avellaneda, Jairo Avellaneda, Pablo E. Forero, Juan Bejarano, Hernán Flórez, Jairo Pedreros y Hernando Cortés.

ASISTENTES DE DIRECCION, Juan Manuel Osorio Cañón y Luis C. Gómez.

ESCENOGRAFO, Augusto Rivero.

PRIMER ACTO

Sala regia con foro de columnatas que enmarcan el panorama de Atenas. Al fondo las rocas de la Acrópolis, en cuya cumbre se dibuja el Partenón.

(Ante el Panorama, PERICLES y FIDIAS).

PERICLES. – El partenón es tu obra maestra, Fidias. No puede concebirse mayor belleza en el arte arquitectónico.

FIDIAS. – No niego, Pericles, que estoy como tú, embelesado.

PERICLES. – Llegué a dudar de que algún día pudiéramos, en lucha contra tanta maledicencia y ceguedad, ver concluído ese santuario que inmortalizará a nuestra Atenas. Superaste todas las fantasías orientales y los monumentos gigantescos de los faraones.

FIDIAS. – Tú lo has querido... y lo has podido, Pericles.

PERICLES. – ¿Qué vale mi influencia ante tu esfuerzo genial?

FIDIAS. – No es sólo mío: es también de Calícrates e Ictino; de Metagenes, Xenocles, Colargueo... ¡Cuántos talentos me secundaron con su entusiasmo y sus cinceles!

PERICLES. – ¡Pero qué mediocres hubieran sido todos ellos si no los coordinas dentro de una idea tan admirable!

FIDIAS. – ¿Y qué hubiera valido mi empeño sin tu protección real?

PERICLES. – ¿Real?... No repitas esa palabra. Nunca he sido rey, ni aspiro a serlo.

FIDIAS. – Para mí lo eres.

PERICLES. – ¿Tú adulando?

FIDIAS. – No el rey fugaz y oscuro de cualquier pueblo helénico, sino el de una idea que desafiará a los siglos hasta redimir a la humanidad... Eres el rey de la democracia.

PERICLES. – La democracia proscribe a los monarcas.

FIDIAS. – Ella no ha surgido por entusiasmo popular, sino por imposición de tu alma grande... Lo mismo hubieras podido ser déspota que amigo del pueblo y de la libertad... Eres tú, el soberano, quien se empeña en que el pueblo sea soberano y libre.

PERICLES. – Y lo será, por Zeus, mientras haya lanzas que se enristren y velas que se hinchen bajo mis órdenes... Difícil es; pero tiemblo al pensar que se volviera imposible. Sería el fracaso de la humanidad.

FIDIAS. – Así tiemblo también cuando veo realizado el Partenón... Y así debió temblar el Dios de Dioses cuando Atenea salió de su cerebro... Me parece que el viento ha de borrar los colores; que un huracán partirá columnas, áticos y frisos... Temo que irrumpan los espartanos con su disciplina férrea y envidiosa, a herir los altorrelieves y a repartirse el marfil y el oro que cubren el cuerpo de la Diosa.

PERICLES. – Sí... Algún día vendrán los déspotas, y con ellos el caos. Pero lo que ya está creado no se extinguirá. A base de sus mismas ruinas, luchará para reconstruirse

FIDIAS. – Quiera el Olimpo que así sea. ¡Para ti y para mí!

PERICLES. – Lo será para ambos; pero lo tuyo tendrá mejor suerte... ¡Ah, si los hombres pudieran pulirse y coordinarse como los trozos de la cantera!

(Va acercándose un canto de multitud acompañado, por flautas).

(*Entran TARGELIA e IFIGENIA, dos esclavas jóvenes*).

IFIGENIA. – (*A PERICLES*)... Señor...

PERICLES. – No te inclines tanto... Aunque tu dueño, soy simple mortal... No me confundas con Dario, ni con el Faraón... Mírame de frente y sonríe.

IFIGENIA. – (*Bajando la cabeza*)... Me avergonzaría, señor.

PERICLES. – Dale ejemplo, Targelia.

TARGELIA. – (*Obedeciendo con desenvoltura*)... ¿Señor?...

PERICLES. – ¡Por Afrodita! Olvidad los dominios del rey persa!... ¡Vivis en Atenas! Y aunque esclavas, habéis posado para el gran Fidias; y esas formas perfectas quedaron esculpidas en la procesión de las Panateneas, para que asombren al mundo en siglos por venir.

IFIGENIA. – (*Aún tímida*)... Señor...

FIDIAS. – ¿Ni siquiera aciertas a balbucir?...

TARGELIA. – Señor: van a pasar ante tu morada los coros de Damón.

FIDIAS. – (*A IFIGENIA*)... ¿Nos acompañas a verlos y escucharlos?... ¡Pero sin más reverencias! ¡Que muy erguida te tuve frente a mi cincel!

TARGELIA. – ¿Queréis ungiros?

PERICLES. – No redunda una esencia en estos momentos de honda emoción.

(*Mientras ellos se ungen, pasa el orfeón, cuyo coro va desvaneciéndose en la distancia*).

ESTROFA. - Anima, Diosa, nuestro cántico...
Haz de mi anhelo un oropel...
Teje con luchas y esperanzas
Una corona de laurel...
CORO. - Una corona de laurel...
Una corona de laurel...
Una corona de laurel...

FIDIAS. – Alégrate, Pericles. Dominas las masas como yo las piedras.

TARGELIA. – Subiendo las escalinatas del Propileo, parecen una serpiente blanca...

PERICLES. – Por desgracia no soy yo quien la anima. Es la superstición. Si viniera un golpe adverso, todos huirían antes de que el templo cayera.

IFIGENIA. – ¡Que Atenea nos ampare!

TARGELIA. – Señor... Señor... Mira quien viene tras la multitud, como burlándose de la procesión.

FIDIAS. – ¿Quién?

IFIGENIA. – ¡Sócrates!

PERICLES. – ¿Discute con alguien?

FIDIAS. – Se detuvo en el umbral.

TARGELIA. – ¡Entró!

PERICLES. – Llega a tiempo... Estará a tono con nuestros temores.

TARGELIA. – (*Yendo a encontrarlo*)... Aquí están, señor... Aquí están...

(*Entra SÓCRATES y salen las ESCLAVAS*).

SOCRATES. – Perdonad mi tardanza; pero la risa no me dejaba llegar antes.

PERICLES. – ¿Reías?... Parece más bien que algo te atormenta.

FIDIAS. – Traes el ceño fruncido.

SOCRATES. – Reír no siempre es dulce.

PERICLES. – ¿Te fastidia el culto a Atenea?

FIDIAS. – ¡O las notas destempladas que Zenón no logró evitar en los coros?

SOCRATES. – Ni me alarman los ritos, ni me ofenden las notas discordantes. Todo eso es muy humano... Río porque envolví en las redes de la discusión al necio de Adimanto, que se cree sabio, y dejé al desnudo su ignorancia ante todos los imberbes que nos escuchaban.

FIDIAS. – Es peligrosa la manía tuya de humillar a todos los que creen saber algo o ser algo.

PERICLES. – Así cosecharás tan sólo odios.

SOCRATES. – ¿Qué importa, si esa es mi manera de hacer patria?... ¿Te aman a ti acaso, Fidias, por pulir el mármol; o a ti, Pericles, por imponer justicia?... ¿O a Anaxágoras por ennoblecer la idea de Dios? ¿O a Hipódamo por soñar con la unión de toda Grecia para que ella domine al mundo?... En torno a todos nosotros rugen pasiones, como tempestad ante la nao que sigue su estrella.

FIDIAS. – A propósito: ¿no ha venido Anaxágoras?

PERICLES. – Sí... Míralo allá con mis hijos, Jantipo y Paralo... Les está dando su diaria lección.

SOCRATES. – ¿La aprovechan?

PERICLES. – Algo dejará en ellos el hombre que me ha dado tantas luces.

SOCRATES. – Si logra modelarlos, serán tus dignos continuadores... No habría ocurrido lo mismo conmigo... Pobres de ellos si aprendieran mi lógica y mi franqueza.

PERICLES. – ¡Anaxágoras!... ¡Ven ya! (**Entra ANAXÁGORAS**).

ANAXAGORAS. – Me alegra ver casi completo el cenáculo.

PERICLES. – ¿Entendieron al fin esos muchachos tu idea de Dios?

ANAXAGORAS. – Aún no. Son duros para la filosofía... Ahora estoy haciéndoles admirar a Homero... La poesía puede ser la llave que me abra al fin esos espíritus, algo reacios a todo lo trascendental... No parecen hijos tuyos.

PERICLES. – Procura que lo sean de verdad.

ANAXAGORAS. – Haré cuanto esté a mi alcance; ¡pero se hallan tan lejos de poseer tu clarividencia!

SOCRATES. – Temo que su destino no esté en nuestras manos.

(**Entra HIPÓDAMO, alarmado**).

HIPOMADO. – ¡Pericles!... ¡Pericles!

PERICLES. – ¡Te esperábamos, Hipódamo!

SOCRATES. – (*Irónico*)... Sí, te esperábamos para unir a Grecia con los cabellos de Afrodita...

FIDIAS. – Si no ha de quemarlos el fuego de Hefesto.

HIPODAMO. – La anarquía es lo que prospera. ¿Saben la noticia?

PERICLES. – ¡Hay tantas!

HIPODAMO. – Mientras los espartanos, celosos de la democracia ateniense, siguen espiando la oportunidad de agredirnos, Samos vuelve a rebelarse.

PERICLES. – ¡La isla de Samos!

HIPODAMO. – Meliso, respaldado por los persas, derrumbó allí el gobierno democrático e impone una nueva tiranía.

PERICLES. – ¡Que no he de tolerar! ¡Irán contra ella todas las naves de Atenas si es preciso! Repetiremos el sitio de Troya, esta vez para salvar a la más noble de las causas.

HIPODAMO. – ¿Y si esa es también táctica de Esparta para desconcertar a los atenienses y avanzar en tanto por el istmo de Corinto?... ¿No vienen haciéndolo perversamente, y convirtiendo en satélites suyos a Megara y otras ciudades del Peloponeso?

ANAXAGORAS. – Lo triste es que mientras los tiranos se unen, Atenas no se ocupa de su porvenir, sino de míseras suspicacias... Toda la podredumbre de otros días está en acecho contra ti y contra tus amigos.

PERICLES. – Son libres de hacerlo. La libertad popular es el apoyo de todo mandatario honrado.

HIPODAMO. – Tal como van las cosas, temo que sólo a la fuerza sea posible imponer grandes ideas.

SOCRATES. – Tienes demasiada prisa, Hipódamo. Nada sólido construirán en la conciencia humana la arbitrariedad y el atropello.

FIDIAS. – Grotesco sería defender a mano armada las conquistas del espíritu.

ANAXAGORAS. – Por fortuna lo que el espíritu conquista es inmortal. No habrá fuerza bruta que logre destruirlo; y quien se empeñe en ello, no logrará sino dejar una mancha en la historia.

PERICLES. – Pero esas conquistas del espíritu no pueden abandonarse a una mala fe que no escucha razones. ¡Samos nos lo está diciendo! ¡La democracia sólo vive cuando nos alistamos a morir por ella!

(Entra ASPASIA... Su presencia, a la vez cordial y solemne, se convierte espontáneamente en el centro de atracción del ilustre cenáculo)...

ASPASIA. – ¡Morir por ella!... Dices bien...

VARIOS. – *(En escala)*... Aspasia...

ASPASIA. – Si así no fuera, no valdría la pena amarla ni aceptarla. Es planta muy delicada, que se aja con la cobardía.

SOCRATES. – Lo triste es que pasarán siglos y más siglos, y ese ideal seguirá luchando contra fanáticos y déspotas, como las olas contra una roca del Egeo.

ASPASIA. – *(A PERICLES)*... Entonces... ¿La guerra otra vez?

PERICLES. – ¿Cómo eludirla?

ASPASIA. – ¿Te irás?

PERICLES. – Sí.

ASPASIA. – Que los Dioses te acompañen... y vuelvas sano y triunfante.

HIPODAMO. – No irás sólo a dominar a los rebeldes de Samos y dejar luego por todas partes traidores y bárbaros impunes, conspirando contra Atenas. Hay que imponer la unión con mano fuerte; y de ese modo, las virtudes helénicas.

ASPASIA. – ¿La unión por si sola... y a las malas?... Eres ingenuo, Hipódamo. Levanta tu ciudad panhelénica tal como la sueñas, con todos los encantos de Grecia; pero que sea una escuela y no una fortaleza. No la hagas con piedras y lanzas, sino con mentes y corazones.

HIPODAMO. – ¿No sentiste acaso en tus propias carnes, como Anaxágoras y yo, la barbarie del asalto?

ASPASIA. – La sentí, es cierto. Y gracias a ella vine a estas playas del Pireo; y aprendí aquí que la sumisión de todos los mortales bajo el tacón de un déspota vale menos que la misma anarquía.

FIDIAS. – Benditas entonces las llamas que devoraron a Mileto; porque contigo vino el fervor que a todos nos alienta. ¿No es verdad, Sócrates?...

SOCRATES. – Que lo diga Pericles.

ASPASIA. – (*Reclinándose suavemente en un diván*)... ¡Mileto! ¡Qué lejos está!... Fue cruel ese ataque del rey persa, que todo lo redujo a cenizas... Pero mientras la ciudad se desmoronaba entre gemidos y humo de incendios, yo caía en las garras feroces de un soldado. Y mi espíritu se desprendió del cuerpo; porque mis ojos, sin sentir ya pánico, ni dolor, ni vergüenza, quedaron fijos en una estrella que titilaba muy alto... Hasta allá no iba el horror del atropello... Y bajo su luz me sentí libre, y amé más que antes la libertad y la sabiduría... Esa estrella nos condujo aquí a todos los fugitivos: a ti, Hipódamo, a soñar de nuevo; a ti, Anaxágoras, a hablar de Dios; a mí a mirar otra vez con entusiasmo a la tierra... ¡Por qué tanto afán?

HIPODAMO. – ¿Hemos de permitir entonces que la barbarie siga arrojándonos cada vez más allá, hasta donde termina la tierra y comienza el mar tenebroso?

ANAXAGORAS. – Dios está en todas partes.

PERICLES. – Iré contra Samos, y también contra Esparta si es preciso, y les haré frente a los persas. Pero donde mis armas se impongan, en vez de buscar más esclavos harán ciudadanos.

ASPASIA. – Y si no los logras, siempre habrá una estrella que nos lleve a puerto de salvación.

(*Entra IFIGENIA, muy cohibida*).

IFIGENIA. – (*A PERICLES*)... Señor...

PERICLES. – Explica tu espanto. ¿También te amedrentan los rebeldes y los comunistas lacedemonios?

IFIGENIA. – ¿Puedo hablarte al oído, señor?

PERICLES. – No guardo secretos para Sócrates, ni para Fidias, ni para Hipódamo, ni para Anaxágoras... Y menos para Aspasia.

IFIGENIA. – Sin embargo...

PERICLES. – ¡Se trata de un nuevo enemigo?

ASPASIA. – ¿Quizá una mujer?

PERICLES. – Habla sin más rodeos.

IFIGENIA. – Si lo ordenas, señor...

PERICLES. – Sea lo que fuere.

IFIGENIA. – En la puerta de la casa está...

PERICLES. – ¿Quién?... ¿Hera vengadora?

IFIGENIA. – ¡Elpinice!

PERICLES. – ¿La otoñal Elpinice?... ¿Y eso te alarma?

FIDIAS. – Ni que viniera con los ejércitos de su hermano Cimón, a disputarte el mando.

SOCRATES. – Ifigenia tiene razón... Más peligroso que un ejército aristocrático es un amor contrariado.

(*Todos ríen con finura*).

IFIGENIA. – En realidad, no viene sola.

ANAXAGORAS. – ¿La siguen la oligarquía y el sacerdocio?

PERICLES. – ¿O quién, que te haya vuelto tan precavida?

IFIGENIA. – Tu antigua esposa.

PERICLES. – ¿Filexia?... ¿Estás segura?

IFIGENIA. – Es ella quien más se empeña en hablarte.

PERICLES. – ¿A mí?... ¿No sueñas?

IFIGENIA. – Otras veces ha querido darme oro, para que la dejé entrar clandestinamente... Como lo rechacé, ahora me ha convencido para que te ruegue.

ASPASIA. – Recíbela.

PERICLES. – ¿Lo crees prudente?

ASPASIA. – Lo creo sabio.

SOCRATES. – Cuando preocupa tanto el porvenir, no redunda mirar al pasado...

ASPASIA. – Dejémoslos con sus recuerdos... Venid conmigo todos... Desde allí se ven mejor el Partenón; y el coro de las Panateneas, cuando llegue a lo alto de la Acrópolis.

(*Salen SÓCRATES, ANAXÁGORAS, HIPÓDAMO y FIDIAS, siguiendo a ASPASIA. En seguida entran ELPINICE y FILEXIA*)...

PERICLES. – Una sorpresa veros aquí a las dos.

ELPINICE. – Temía Filexia aventurarse sola, y la he acompañado.

PERICLES. – No escogió mal escudo. Las armas de tu hermano Cimón nunca me amedrentaron; pero ante las tuyas me incliné alguna vez.

ELPINICE. – No le creas, Filezia.

PERICLES. – Y no fui sólo yo. También Cimón, a pesar de ser tu hermano, según dicen las malas lenguas.

ELPINICE. – Poca importancia doy a esas calumnias.

PERICLES. – En cuanto a ti, Filezia... ¿En qué puedo servirte?

ELPINICE. – Querrás hablar a solas con él.

FILEZIA. – Sí.

ELPINICE. – Me distraeré en tanto con las esclavas.

PERICLES. – Quiera Artemisa que las contamines de aristocracia...

ELPINICE. – (*Mordaz*)... Las perderías, entonces...

(Sale ELPINICE).

FILEZIA. – No vengo en todo caso a perturbar tu vida intima.

PERICLES. – Sea como sea, bienvenida a esta casa. Hubieras podido llegar sola. Sobra el despecho de mujeres que, como Elpinice, sienten irse ya la juventud sin que les haya llegado el amor.

FILEZIA. – Se empeñó ella en acompañarme.

PERICLES. – Al fin y al cabo, este techo es de todos los atenienses.

FILEZIA. – Bien sé que para ti no soy más que eso: una ateniense... De nuestro viejo amor no conservas ni las cenizas.

PERICLES. – Supongo que tu visita no obedecerá al deseo de avivarlas, ya que ni siquiera fui tu primer esposo, y hace poco encontraste los brazos del tercero.

FILEZIA. – No pretendo, repito, perturbar tu sosiego... Vive tu vida como quieras: la del estratega y la del amante... En nada estuvimos de acuerdo.

PERICLES. – Así lo dispusieron los dioses.

FILEZIA. – Pero no me niegues lo único que en estos momentos puede consolarme.

PERICLES. – ¿No es consuelo tu nuevo amor?

FILEZIA. – No.

PERICLES. – ¿Quéquieres de mí?... Pídelo... Nunca me habías hablado con tanta serenidad; y deseo complacerte, si es posible. Así nos distanciaremos más del pasado, que no tuvo sino aspereza, choques y contradicciones.

FILEZIA. – No por mi culpa; sino por tu empeño de renunciar a la aristocracia y mezclarle con la plebe.

PERICLES. – No renovemos viejas polémicas.

FILESIA. – No. Agradezcamos tan sólo a los Dioses que no hayas muerto aún, asesinado como tu amigo Efialto. El pueblo paga siempre así a quienes lo adulan.

PERICLES. – No serás de las que aspiran, como Elpinice, a verme caer del mismo modo.

FILESIA. – Júpiter es testigo de que me complacen tus triunfos... aunque hayas entregado el corazón a una extranjera, a una advenediza... ¿Quién ha de censurártelo, si el poder te escuda y justifica, si eres omnipotente?

PERICLES. – No vendrás a reconciliarte con ella...

FILESIA. – Con ella nunca... Ni me nombres a esa aventurera.

PERICLES. – Eres tú quien la ha traído a cuenta.

FILESIA. – A esa hetaira, que antes de ser tuya fue de Sócrates, y de otros menos cultos... Y que ha pervertido a muchas matronas de Atenas... Y que lleva su vivienda hasta rodearte de hermosas esclavas...

PERICLES. – Omite ofensas... Las recibo con helénica hospitalidad, si venías a ofender... Pero... ¿deseabas algo más?

FILESIA. – Sí... ¡Ver a mis hijos! No es justo que los aísles de su ambiente y de su madre, abusando de tu poder.

PERICLES. – No quiero que se formen bajo influencias contradictorias. Pretendo hacer de ellos dos ciudadanos que continúen mi obra. Junto a ti, y a tu celo aristocrático, se desconcertarían, sin que en cambio pudieses darles mucho prestigio... Compréndelo así.

FILESIA. – Comprendo tan sólo que hablas de libertad tiranizando a la vez a quienes llevan tu propia sangre. Hablas de democracia, y en la práctica separas al hijo de la madre, de sus tradiciones, de su hogar.

PERICLES. – ¿A qué hogar te refieres?

FILESIA. – ¡Déjame siquiera verlos, Pericles!... ¡Verlos con frecuencia!... O al menos de cuando en cuando... Que no me olviden del todo... Si me niegas ese favor a mí, a una simple mujer indefensa y desencantada, ¿qué bien podrás hacer a tu pueblo?... ¡Déjamelos ver!

PERICLES. – ¡Qué fácil sería darle rienda suelta a la ternura si fueses capaz de entenderla!... En fin: no quiero que me acuses de crueldad, ni de despotismo... ¡Míralos!... Allá están, embelesados en los pergaminos de Anaxágoras.

FILESIA. – ¡Del ateo!

PERICLES. – No es negar a los Dioses enseñar los versos de Homero... Ve a besar a tus hijos, pues...

FILESIA. – (**Precipitándose a ellos**)... ¡Hijos míos!

(Sale FILESIA).

PERICLES. – ¡Hijos de su vientre tan sólo!... ¡No quiera Atenea que lo fuesen también de tan pobre espíritu!

(Oyese bullicio fuera... Entra TARGELIA).

¿Qué es ese tumulto?... ¿Se enteró el pueblo ya de que se ha sublevado Samos?... ¿O levantó Elpinice tribuna en mi puerta?

TARGELIA. – Señor: azotan a un niño.

PERICLES. – ¿A un niño?... ¡Inaudito!... ¿Quién?

TARGELIA. – Un funcionario público.

PERICLES. – ¿En Atenas?... ¿Es esto acaso una cárcel espartana?

TARGELIA. – He oído decir tan sólo que entre tus mismos soldados hay espías y asesinos de Esparta.

(*Entra HIPÓDAMO*).

HIPODAMO. – No te preocupes... Lo merece.

PERICLES. – ¿Qué ocurre?... ¿A quién azotan?... ¿Por qué?

HIPODAMO. – A un mozalbete que se atrevió a burlarse públicamente de ti.

PERICLES. – ¿Y es así como le demuestran su error los agentes de la democracia?

HIPODAMO. – No sólo la ridiculiza, sino que te ofende en forma soez... Se entromete hasta en tu vida íntima... Afirma que eres un déspota cuyos actos y discursos son todos inspirados por una mujer... y que esa mujer...

PERICLES. – Traedlo acá... ¡Pronto!... ¡Pero no entre guardias! ¡Entre mis amigos! Y si está herido, vengan bálsamos para curarlo.

(*Llega un chico quinceañero: ARISTÓFANES, entre SÓCRATES y ANAXÁGORAS*)...

ANAXAGORAS. – No alcanzaron a hacerle mucho daño.

SOCRATES. – A la turba se lo disputé, porque me sedujó su valentía.

PERICLES. – ¿Por qué te ultrajan de ese modo?

ARISTOFANES. – ¿Por qué había de ser?... Por orden de Pericles, que es quien impone a todos su voluntad, y atropella a su capricho a los atenienses.

PERICLES. – Estás en un error.

ARISTOFANES. – Eso te obligan a decir, porque eres un áulico.

PERICLES. – Soy Pericles.

ARISTOFANES. – ¡Ah!... Si, lo veo... Por la forma de tu cabeza, que cantó Eupolis.

PERICLES. – Pero de ella no ha salido orden alguna contra ti.

ARISTOFANES. – Saldría de tus secuaces. ¿No es lo mismo?

PERICLES. – ¿De qué delito te acusan?

ARISTOFANES. – Del más peligroso: el de burlarme de ti.

PERICLES. – ¿En qué forma?

ARISTOFANES. – En verso, señor.

PERICLES. – ¡Ah, eres poeta!

ARISTOFANES. – Esa es mi arma, señor. Y no desmerecerá frente a tus lanzas.

SOCRATES. – Y quizá sea más cortante que la mía.

HIPODAMO. – ¡Habla con más respeto!

PERICLES. – Déjalo que se exprese a su gusto. Si en verdad es poeta, al cabo hallaremos la nobleza de su inspiración... ¿Cómo te llamas?

ARISTOFANES. – Aristófanes.

PERICLES. – ¿En qué forma podría yo complacerte?

ARISTOFANES. – Ordenando que se me deje hablar a mi gusto, como lo hace Sócrates.

SOCRATES. – Eres ambicioso. Tendrás que esperar treinta años.

ARISTOFANES. – O siquiera que el arconte me conceda los coros teatrales. Así podría decirte verdades con más prestigio, y entre melodías.

PERICLES. – Estás muy joven para conquistar la gloria de Esquilo y Sófocles.

ARISTOFANES. – Iré más lejos que ellos; porque tengo contra ti el arma que hace temblar a los poderosos... Una más hiriente que la misma poesía.

SOCRATES. – ¡El optimismo acaso?... ¡O la vanidad infantil?...

ARISTOFANES. – ¡No!... ¡La risa!... (**A PERICLES**)... Mátame si no quieres que la posteridad se ría de ti, de tu falsa libertad, de tus palabras hipócritas, de tu libertinaje... Mátame, como me has hecho azotar... Esa sería mi mejor gloria... Y tu mayor fracaso.

PERICLES. – ¡Dejadlo libre!... Que cuiden de su vida, y que nadie lo toque... Vete ya si quieres, encantador enemigo... Ve a cumplir la misión que te has propuesto... Ayúdame con tu rebeldía a construir un mundo nuevo.

SOCRATES. – Y que cuando lo merezca, le den los coros que consagran al autor teatral.

PERICLES. – De mi sé decirte que aspiro a que los sabios de mañana nos juzguen a los dos imparcialmente: a mí como político y a ti como poeta satírico... Y para compensar el ultraje de que, te juro por Apolo, no he sido causante... (**Lleva la mano a la bolsa**)...

ARISTOFANES. – No intentes pagarme, señor, que no he venido a vender mi piel... Cuando mi ingenio merezca un puñado de monedas, que me las dé el pueblo, y no su caudillo.
(**Salen ARISTÓFANES, SÓCRATES y ANAXÁGORAS**)...

HIPODAMO. – ¿Lo dejas ir con sus amenazas y su insolencia, a envalentonar al vulgo, a fomentar más la anarquía?... ¿A un adolescente irresponsable?

PERICLES. – Sería crimen coartarle sus arrestos.

HIPODAMO. – ¡Bien quisieras hacerlo!

PERICLES. – No te niego que me inquieta... Entro serenamente en las batallas. Rasgaron mi piel frías espadas, sesgando la muerte. Y ninguno de esos lances me ha hecho sentir el miedo de que un poeta niño se burle de mí y que esas estrofas las recoja la posteridad.

HIPODAMO. – Fácil te es impedirlo.

PERICLES. – ¿Con mordazas, con tormentos, con incendio, robo y asesinato?... Otros lo han intentado, y la conciencia humana queda en pie, acusándolos.

HIPODAMO. – Bien estaría dejarle en libertad si hablara por cuenta propia; pero no es más que instrumento inconsciente de tus enemigos y los de Atenas... Ahora, envalentonado por ti mismo, alentará todas las represalias que se urden contra la república... Debo informarte que...

PERICLES. – Despreciamos las habladurías. Son inevitables... Como la escoria que cae al modelarse el mármol.

HIPODAMO. – No son despreciables. Los enemigos de la democracia, como no pueden aniquilarte, procuran aislarte.

PERICLES. – ¿Lo dices por propia experiencia?

HIPODAMO. – De mí no se ocupan. Me consideran iluso, y piensan que mis utopías ayudarán a desacreditarte... Pero conspiran vilmente contra Fidias, Sócrates y Anaxágoras.

PERICLES. – ¡Fidias!... ¡Sócrates!... ¡Anaxágoras!... ¿Qué sería de Atenas sin esos tres hombres que le hacen amar la belleza, el decoro y la inmortalidad?

HIPODAMO. – ¿Por qué entonces estimulas contra ellos a una masa estúpida?

PERICLES. – ¿De qué serviría el poder si para ejercerlo hay que aplastar la opinión pública y encadenar conciencias?... Y si ellas son viles, ¿cómo se redimirían en la esclavitud y el silencio?... No, el espíritu tiene que desenvolverse libremente, aunque para hacerlo haya de revolcarse primero en el fango.

HIPODAMO. – En el fango se quedará si no hay quien lo obligue a ser leal y limpio.

PERICLES. – Te equivocas, Hipódamo, Sin la libertad de que gozan las pasiones del bajo fondo, no surgiría el genio... no discutiría Sócrates, no esculpiría Fidias, ni Anaxágoras nos haría entender a Dios.

HIPODAMO. – ¡Pero sin un acto de energía vas a perderlos a todos!

PERICLES. – Ya nadie los echará de aquí... aunque se les condene a la vagancia de Ulises... Aunque se les descuartice en la plaza pública y se incendien sus moradas... ¡Ya germinó su inspiración en Atenas, y no habrá tirano que logre extirparla!

(*Entra FILESIA gritando*).

FILESIA. – ¡Gran Zeus!... ¡No es posible!... ¡No!

PERICLES. – ¿Qué ocurre?

FILESIA. – ¡Que eres un miserable!

PERICLES. – Esperaba yo ese arrebato... Era ilógica tu serenidad.

FILESIA. – Ya sé para qué me apartas de mis hijos: ¡para corromperlos!

HIPODAMO. – (*A PERICLES*)... ¿Lo estás viendo?... ¡Hasta en tu propia casa!

FILESIA. – ¡No sólo les da el vil ejemplo de vivir con una cortesana que le trajeron, para adularlo, sus mismos amigos, sino que llama a ese perverso de Anaxágoras para que les induzca a despreciar a los Dioses! ¡Se han atrevido a reírse de ellos delante de mí!

PERICLES. – ¡Qué sabes tú de los Dioses, si ni siquiera has logrado, a través de tres bodas, conocer el amor?... Eres un alma seca para todo: para la felicidad, para el patriotismo, para la oración...

FILESIA. – ¡Oye, oye Elpinice, cómo me insulta abusando de su poder!

(*Entra ELPINICE*).

ELPINICE,- ¡Eso es cobardía!

FILESIA. – Ahora sólo falta que me eche de aquí la hetaira... y que me corten la lengua al salir.

ELPINICE. – Tendrían que cortárnosla a las dos.

FILESIA. – Serían capaces de hacerlo, para que no pregonemos su villanía.

PERICLES. – (*A HIPÓDAMO*)... Acompaña a esas damas, y ordena que se le respeten todos sus fuyos... ¡Hasta la lengua!... ¡Pero que la muevan lejos de aquí!... Temo más a dos resentidas que a una escuadra de trirremes.

FILESIA. – Hundirás a Atenas...

¡Pero no te apoderarás de mis hijos!... ¡De ellos no! ¡Los arrancaré como sea a tus garras bárbaras!
(*Salen FILESIA y ELPINICE presionadas por HIPÓDAMO, y en tanto entra SÓCRATES*)...

PERICLES. – ¿Qué ocurrió?

SOCRATES. – Vino a traerles amuletos de Delfos... Y ellos, ¿qué podían hacer ya, sino reír?...

(*Entra Anaxágoras seguido de JANTIPO y PARALO, dos adolescentes*).

ANAXAGORAS. – No alcancé a prevenirlos para que fueran prudentes. ¡Entró ella tan de sorpresa!

PERICLES. – Olvidas algo muy importante en su educación, Anaxágoras: enseñarles a callar ante los necios, y a fingir también que son necios. Hazlos hipócritas. ¡Acaso su porvenir no está en la política?

SOCRATES. – Es cierto. Para filósofos o pedantes, mejor estarían en mis manos; aunque entre mis discípulos ha habido también torpes y bellacos.

PERICLES. – Y vosotros, ¿qué decís ahora?

JANTIPO. – (*Vacilante*)... Padre...

PERICLES. – ¿Qué pensáis?... Quiero conocer vuestras ideas, ante situación tan grotesca.

PARALO. – No quisieramos verla afligida.

JANTIPO. – Quisiéramos... acompañarla.

PERICLES. – ¿Para qué?

JANTIPO. – Para que no sufra.

PERICLES. – Impedirle que sufra es imposible. La amargura circula en su cuerpo mejor que la sangre... En cuanto a acompañarla... ¿A dónde?

PARALO. – Dice que se siente muy sola.

JANTIPO. – Quiere ir con nosotros a consultar el oráculo de Delfos.

PERICLES. – Aplaudo esos sentimientos filiales y místicos; pero no puedo complacerlos.

JANTIPO. – Padre: es justo que vivamos con ella aunque sea unos pocos días.

PERICLES. – Ni uno solo.

PARALO. – ¡Te lo suplicamos!

PERICLES. – He dicho que no... Volved al estudio.

JANTIPO. – Padre: ¡tenemos miedo!

PERICLES. – ¡De ella?

JANTIPO. – De lo que nos ha dicho.

PERICLES. – ¿Qué?

PARALO. – Que iban a caer sobre nosotros las maldiciones de los Dioses, por dudar de ellos.

PERICLES. – ¿Cuáles Dioses?

PARALO. – Los del Olimpo... Padre: ¡tengo miedo!

JANTIPO. – Déjanos ir con ella... Nos maldijo si no la seguimos... Nos auguró males terribles para nosotros... Y para ti también.

PERICLES. – ¡Ya lo ves, Anaxágoras!... Un año has estado tratando de derribar en sus conciencias a los ídolos. Un minuto ha bastado para que la fanática que los llevó en su seno los vuelva contra ti, y contra mí, y contra la misma razón... ¡Y yo esperando que Jantipo y Paralo fueran mis continuadores!

ANAXAGORAS. – Venid conmigo, muchachos... Reflexionaremos...

JANTIPO. – ¡Padre!

PARALO. – ¡Padre!

PERICLES. – Déjalos más bien que le den alcance a la madre... Allá va gritando como poseída, con el apoyo histérico de Elpinice... (**A los hijos**)... Seguidlas, si ese es vuestro impulso... En mala hora os engendré en vientre de torpe y ciega aristocracia... ¡No lo penséis más, hijos!... ¡Id a aplacar a vuestros dioses!... ¡Id a luchar contra mí, y contra la misma patria que quería daros!... Negad que sois hijos de Pericles... ¡Idos, pues!

JANTIPO. – ¡Padre!

PARALO. – ¡Padre!

PERICLES. – No me llaméis así... Bien sé que no lo merecéis, ni habéis de volver...

(*Salen JANTIPO y PARALO*).

¡Es desconcertante!... (*Cae en un sillón con la cabeza entre las manos*).

(*ANAXÁGORAS y SÓCRATES salen discretamente, y hacia PERICLES avanza ASPASIA con lentitud*)...

ASPASIA. – No te atormentes.

PERICLES. – Si de mí dependiera...

ASPASIA. – Ni te desalientes.

PERICLES. – Nada importan torturas y desánimo cuando aún tenemos fé. Pero en estos momentos dudo hasta de mi mismo... Quisiera abandonar el poder y perderme en la masa anónima.

ASPASIA. – ¿Qué mortal no flaquea?... Pero los grandes como tú deben sacar de su angustia nuevos bríos.

PERICLES. – Si mi propia sangre falla de esa manera, ¿qué puede esperarse de los que han crecido entre injusticias, odios, esclavitud y fetichismo?... ¡Mira qué harapos humanos son los hijos de Pericles y discípulos del gran Anaxágoras!

ASPASIA. – Comprendo tu aflicción, pero no apruebo tu desconcierto... Piensa que no estás gobernando Dioses, sino simples mortales... Y que la gran mayoría de esas gentes te ha encumbrado y tiene confianza en ti.

PERICLES. – Pero ante la miseria humana que los arrolla me encuentro impotente... ¿No ves que me arrebata hasta a mis propios hijos?

ASPASIA. – Ellos se van... pero otro vendrá... Pericles: sobre el vacío que ahora sientes, nacerá una nueva ilusión... vendrá un hijo que no sea solamente de tu sangre, sino también de tu espíritu.

PERICLES. – ¡Es cierto, Aspasia?... ¡Me devuelves el optimismo!

ASPASIA. – ¡Es cierto!... ¡Si no miente el oráculo de nuestro amor!

PERICLES. – ¡Bendita seas!... ¡Y bendito tu corazón que me acompaña, y tu mente que me ilumina, y tus besos que rejuvenecen!

(*Entran TARGELIA e IFIGENIA, mientras un lejano rumor callejero se acerca y crece*).

TARGELIA. – Señor... Señor... Viene una multitud, gritando.

PERICLES. – (*En guardia*)... ¿Contra mí?

TARGELIA. – Al contrario... ¡Te aclaman!

IFIGENIA. – Salen por todas las puertas, llegan de los campos, bajan del Propileo, batiendo banderas y escudos.

PERICLES. – Comprendo... Se supo ya la traición de Meliso.

ASPASIA. – Animo, pues... Ve a dominar la rebeldía de Samos, como digno hijo del héroe que triunfó en Micala... Ve a superar el ímpetu de Aquiles... Harás en poco tiempo lo que no lograron en diez años

los héroes de Homero... Cuando el pueblo está alerta, listo a luchar y morir por sus derechos, no triunfarán las fuerzas del mal.

(*El rumor de multitud crece*).

PERICLES. – Iré, si... ¡Y venceré!

ASPASIA. – (*Abrazándolo*)... ¡Vuelve pronto... con nueva gloria... a mecer la cuna de tu heredero!

TELON

SEGUNDO ACTO

La misma decoración del acto anterior.

(*En escena Sócrates, FIDIAS, ASPASIA e IFIGENIA*).

IFIGENIA. – No lo han recibido como héroe tan sólo, sino como a un Dios.

SOCRATES. – A más de guerrero es un gran orador. Si en Samos venció con las naves de Atenas, aquí hundió con la palabra a sus enemigos políticos.

FIDIAS. – Cuando evocó, en nombre de la libertad, a los caídos en el combate, le envolvió un silencio sublime, seguido por atronadoras ovaciones.

IFIGENIA. – Cuando bajó de la tribuna, las mujeres le coronaban de flores, le besaban las manos, lloraban a sus pies.

ASPASIA. – ¡Y pensar que, bajo ese entusiasmo, rugen la envidia y la maledicencia!... ¡Que llega triunfante, entre aclamaciones, a beber aquí tanta amargura!

FIDIAS. – Todo lo comenzará el hijo que le has dado.

IFIGENIA. – Fue lo primero que preguntó al verno: cómo estaba el niño.

FIDIAS. – Y al oírlo nombrar, se encendió de alegría.

SOCRATES. – Creo que de ahí sacó ímpetu para hablar con tanta elocuencia.

(*Se oye un bullicio de multitud que se acerca*)...

VOCES FUERA. – ¡Viva Pericles!... ¡Viva el héroe de Samos!...

SOCRATES. – Te dejamos con él.

ASPASIA. – Pero no os alejéis... El querrá tener a todos sus íntimos reunidos... Al menos a quienes le quedan.

(*Salen SÓCRATES, FIDIAS e IFIGENIA. ASPASIA hace ademán de espera ansiosa. entra PERICLES, béticamente ataviado*)...

PERICLES. – ¡Aspasia!

ASPASIA. – ¡Amor mío!

PERICLES. – ¿Y mi hijo?... ¿Dónde está el pequeño Pericles?

ASPASIA. – Duerme.

PERICLES. – ¡Quiero verlo!... Será el continuador de mi obra, que ya no ha de morir.

ASPASIA. – Allí está... Acércate sin ruido de armas... Míralo tan sólo... No lo beses todavía, para que no despierte.

(Sale PERICLES por un momento, y regresa. En tanto ASPASIA seca sus lágrimas).

PERICLES. – ¡Hemos triunfado aquí y allá!

ASPASIA. – Era el designio de los Dioses.

PERICLES. – Quisiera verlo grande ya, aplastando a los enemigos de nuestros sueños.

ASPASIA. – Crecerá como tú... Sufrirá como todos... Frena tu impaciencia.

PERICLES. – Imposible. ¡Vengo ebrio de victoria!

ASPASIA. – Lo sé.

PERICLES. – Hubo momentos en que creí perdida la batalla; en que fracasaba la libertad bajo el puño de Persia, que todo sabe corromperlo.

ASPASIA. – Lo sé también.

PERICLES. – Aquello fue digno de que otro poeta lo cantara.. Doscientas velas se mecían en el mar, y se veían de lejos como bandada de aves acercándose a nidar en los muros rebeldes... De pronto los portalones empezaron a caer entre nubes de polvo, como si el solo batir de alas desvaneciera un espejismo... Después, ¡al asalto! ¡Gritos de vencidos y cobardes! ¡Lanzas erizadas que vivaban a Atenas y a la Democracia!

ASPASIA. – ¡Un poema, en verdad!

PERICLES. – Ante ese triunfo, dudo que Esparta ose ya provocarnos... Sería su sentencia de muerte... Pero, ¿dónde están nuestros amigos?... Quiero compartir con ellos mi entusiasmo... ¡Anaxágoras!... ¿Dónde está Anaxágoras?

(Entran FIDIAS y SÓCRATES).

SOCRATES. – ¡Te has hecho digno en verdad de que otro Homero te cante!

FIDIAS. – ¡Y de que el mármol te inmortalice!

PERICLES. – ¡Sócrates!... ¡Fidias!... ¿Y Anaxágoras? ¿Dónde está Anaxágoras?
(Una pausa solemne)... ¿Le ha pasado algo?

ASPASIA. – Tuvo que huir.

PERICLES. – ¿Por qué?

FIDIAS. – Por hablar de un solo Dios, le acusan de ateo, y los oráculos piden su muerte.

SOCRATES. – Bramaba contra él la ira de todos los santuarios; y bien sabes que no hay odio tan encarnizado como el de los brujos.

FIDIAS. – Poco faltaba ya para que, aprovechando tu ausencia, le condenaran a muerte.

SOCRATES. – O pagaran un puñal asesino, como el que ultimó a Efialto.

PERICLES. – Falta también Hipódamo... ¿No ha regresado?

SOCRATES. – De él sólo llegan las peores noticias... Fracasa su ciudad panhelénica. Los regionalismos, en vez de coordinarse allí, todo lo entorpecen.

FIDIAS. – Y en cuanto a mí, Pericles, te esperaba para decirte adiós.

PERICLES. – ¿Por qué?

FIDIAS. – Quisieron condenarme como ladrón, afirmando que me había robado el oro del templo. Como probé que eso era falso, ahora me acusan de sacrilegio. Dicen que evoqué a Aspasia en la fisonomía de Atenea, y dibujé mi silueta en el escudo... Contra mí estalla también la ira popular, y tendré que irme de Atenas.

PERICLES. – ¿Cuándo?

FIDIAS. – Listo está el barco que ha de llevarme lejos.

PERICLES. – ¿Por qué se ensañan de ese modo contra mis amigos?... ¿Es así como premian mi patriotismo y mis esfuerzos?

ASPASIA. – Ya despertó el niño... Ve ahora sí a besarlo.

PERICLES. – Voy, sí... Empiezo a temer por él... Espérame un instante, Fidias.

(**Salen ASPASIA y PERICLES**).

SOCRATES. – No te aflijas, Fidias. Te echan de aquí; pero dejas un prestigio que agrandarán los siglos.

FIDIAS. – También lo tendrás tú, Sócrates. Y sin embargo, te quedas aquí. Te envidio por primera vez.

SOCRATES. – No envides una misión de las más ingratas. Mientras dejas aquí una obra perfecta, hecha de mármol, oro y marfil, yo trabajo en seres humanos; y aún no he visto, ni veré en muchos años el fruto de mis desvelos.

FIDIAS. – Verás todos los días la acrópolis, y respirarás el aire que le dio vida. Pues, ¿qué hay fuera de Atenas, y aún diría yo que fuera de este cenáculo nuestro, sino pedantería de reyezuelos en medio de servilismo, robo y barbarie?

SOCRATES. – Aprovéchalos para construir nuevos templos.

FIDIAS. – Quizá aunque me den ellos todo el oro del mundo, me faltará la inspiración.

(**Entra ASPASIA seguida por IFIGENIA, TARGELIA y otras ESCLAVAS**).

ASPASIA. – Pericles teme que te vayas, Fidias, sin decirle adiós.

FIDIAS. – ¿Dónde está?

ASPASIA. – Con su hijo todavía. Espéralo un momento.

FIDIAS. – Lo esperaré, sí.

ASPASIA. – Al ver sonreír al niño, que le tendía los bracitos, se le escaparon dos lágrimas.

SOCRATES. – ¡Un secreto de Estado!... Quizá recordó la única flaqueza que le censuro: la de haber hecho la ley que declara espurios a los hijos de extranjera.

TARGELIA. – -¡Jamás sospecharía que iba a herir así su mayor esperanza!

ASPASIA. – No hay duda. Eso le aflige, unido al dolor de perder a sus amigos.

FIDIAS. – Por fortuna quedas tú junto a él... Le perdonarás sus errores y le llenarás el vacío que dejemos los desterrados.

(*Las ESCLAVAS rompen a llorar suavemente, en coro*).

FIDIAS. – ¡Levántate, Ifigenia! ¡Quiero mirarte bien una vez más!... Cuando pienses en mí, no llores, como ahora... Sube sonriendo a la Acrópolis y contempla la procesión de las Panateneas... Y tu rostro alegre, esculpido para la eternidad... Otras generaciones dirán: ¡obra de Fidias!... Estamos más unidos de lo que sospechas... Más allá de la muerte...

IFIGENIA. – Señor: si lo permites, iré contigo.

FIDIAS. – ¡Calla!... Aspasia podría juzgarnos mal.

IFIGENIA. – Es ella quien me lo aconseja... y quien me lo permite.

SOCRATES. – ¿Ves cómo, aunque vayas hacia la barbarie, la inspiración quiere seguirte?

FIDIAS. – Debo partir solo. Un pobre exilado no puede llevar consigo esposa, ni siquiera esclava... Acompáñame desde aquí... Si me sigues, dirán que los cinceles consagrados a Atenea se movieron por pasión carnal, y que tú la encendías... Bien sabes que sólo te he amado espiritualmente.

ASPASIA. – Por eso mismo llévatela, Fidias... Ella te animará en la adversidad, para que realices nuevos prodigios.

FIDIAS. – ¿Y la miseria?... ¿Y la persecución?... ¡Y la prosa que todo ello trae consigo?

ASPASIA. – Ifigenia tiene nombre de sacrificio... Que se vaya de Atenas como yo me vine de Mileto, y como sus hijas surcarán mares ignotos... Así irá tejiendo el espíritu su red de araña sobre los bárbaros.

(*Entra PERICLES*).

PERICLES. – (*Con ánimo ya acorazado*)... ¡Esta es, pues, la última vez?

FIDIAS. – A tu puerta vigilan los guardianes que han de llevarme a bordo.

TARGELIA. – (*A PERICLES*)... ¿Por qué le dejas echar así de Atenas, señor?... ¿No eres todopoderoso?... ¿No eres triunfador?... ¿No aplastaste una vez más a los persas en el sitio de Samos?... Y ahora, ¿vas a rendirte a la intriga?... Da una orden; y a falta de soldados, nuestros cuerpos envolverán a Fidias como una coraza... Bastaría una palabra tuya para retenerlo.

PERICLES. – Esa palabra lo mataría moralmente. Bajo el despotismo no haría otro Partenón.

IFIGENIA. – Lo hará más bello si tú, señor, no lo abandonas.

PERICLES. – Hablas por boca del amor... Yo, por boca de la república. Para que ella exista, debemos sacrificarnos a sus leyes.

TARGELIA. – ¿Y si las leyes se equivocan?

PERICLES. – Más fácilmente se equivocan los déspotas.

SOCRATES. – Lo indispensable es que las leyes vivan, Targelia. Hay que tolerarles sus imperfecciones para no caer en la arbitrariedad.

FIDIAS. – Adiós, Pericles... (**Lo abraza**)... ¡Adiós todos vosotros... (**Abraza a SÓCRATES y a ASPASIA y besa a TARGELIA en la frente**)... Ven conmigo, Ifigenia... No resistiría al dolor de partir y vivir solo.

ASPASIA. – Ve, hija... Bórrale con tu afecto el dolor que los hombres le imponen por el delito de ser grande.

IFIGENIA. – (**Después de titubear, abraza a TARGELIA**)... Adiós...

TARGELIA. – Tuviste más suerte que yo, aunque vayas otra vez al destierro...

(**Salen FIDIAS, IFIGENIA y ASPASIA... Los sigue TARGELIA sollozando**).

PERICLES. – Es extraño, Sócrates. No temblé cuando me traicionaron en Samos y tuve que volver al combate; ni cuando me convencí de que los persas, a falta de ejércitos, lograban por medio de oro, puñales y mujeres fomentar entre nosotros la anarquía. Pero ante el exilio de Fidias y Anaxágoras, me agobia la soledad.

SOCRATES. – Comprendo tu estado de ánimo.

PERICLES. – Hoy más que nunca necesito tu compañía... Y tu cooperación. La democracia perecerá si no la vigilan espíritus elevados; y en torno a mí no veo sino incapacidad y ambiciones pequeñas. Podrías ser no sólo maestro y consejero, sino el digno sucesor de Efialto.

SOCRATES. – Mi destino no es mandar a los hombres, sino corregirlos. Y para ello, debo alejarme de la vida pública.

PERICLES. – El poder te daría eficacia.

SOCRATES. – Te equivocas. El simple ciudadano que dice la verdad sin miedo podrá ser víctima de su franqueza, pero alcanza a envejecer... En cambio, el hombre público que dice la verdad es ya un condenado a muerte.

PERICLES. – Siendo menos sincero, ¿en qué manos mejor que en las tuyas podrían prosperar las leyes?

SOCRATES. – Ellas no serán jamás mi obra, sino más bien mi verdugo. Déjame en la misión de acusador que ambula... Al saber, o sólo adivinar mi presencia, el ignorante es menos fatuo, el vil menos mezquino y el criminal menos audaz... Eres cerebro y brazo de este pueblo. Yo soy su conciencia.

PERICLES. – Te convendría sin embargo ser más prudente y a la vez más poderoso.

SOCRATES. – Prefiero la temeridad, ¿No la tienes tú al entrar en combate?... También yo al agredir la ignorancia... Algún día caeremos, tú como caballero de las armas y yo como guerrero del espíritu... En

tanto, avancemos cada uno por nuestra ruta, de cara a la muerte... «Si ella es la extinción, tendrá el encanto de un sueño eterno en el que nada desagradable se percibe. Si es el paso a otra vida, ¡qué bella debe ser, lejos de los grilletes de la carne, con el alma libre para discernir y buscar más elevados ideales de justicia!».

PERICLES. – Pero mientras esa muerte llega, ¿por qué no unir nuestros esfuerzos y propósitos?

SOCRATES. – Yo también, Pericles, he venido a decirte adiós...

PERICLES. – ¡Abandonas a Atenas?

SOCRATES. – ¡Nunca!... Seguiré fustigándola... Pero no volveré a este cenáculo.

PERICLES. – ¿Voy a quedar solo, prisionero entre una multitud que en apariencia me aclama, pero que los enemigos manejan a su antojo?

SOCRATES. – Te queda Aspasia... ¿qué más quieres.... Y con ella, el vástago que aumenta el amor y las esperanzas... Y precisamente, por ellos mismos...

PERICLES. – ¿Qué?

SOCRATES. – Los poetas satíricos, a quienes has dado plena libertad, se ensañan en tu vida íntima.

PERICLES. – ¿En qué afecta eso nuestra amistad?

SOCRATES. – Esa amistad, que es noble, se interpreta como nudo de corrupciones... Por el delito de ser tu amigo y mentor, se quiere ver en mí, no al filósofo y moralista, sino al rufián que te entregó su amante para asegurar mercedes.

PERICLES. – ¿Es posible tanta villanía?

SOCRATES. – Nadie acierta a comprender que, habiendo amado yo a Aspasia antes que tú, y habiéndote ella preferido, nuestros actos hayan sido limpios. Y aunque así lo consideraran tendrían que desvirtuarlo, para castigar tus triunfos... Además sugieren...

PERICLES. – ¿Qué?

SOCRATES. – Que tu hijo... no es quizás tu hijo... sino de Anaxágoras... o de Fidias... o mío... Que entre todos nosotros hay una comunidad de bajo nivel.

PERICLES. – ¡Es el colmo de la infamia!

SOCRATES. – Seguir al lado tuyo sería encender aún más esa murmuración, que el oro extranjero instiga... Debo aceptar el ostracismo espiritual, y abrazarte por última vez bajo este techo donde todos soñábamos en transformar al mundo.

(**Entra ASPASIA**).

ASPASIA. – Le vi alejarse con su Ifigenia, cabizbajo, sin mirar atrás; y sentí deseos de cerrar los ojos para no ver más a la humanidad.

SOCRATES. – Ha llegado mi turno.

ASPASIA. – ¿También te vas ya?

SOCRATES. – Para un viaje largo... por las calles de Atenas.

ASPASIA. – Bien quisiera andar por ellas como tú, con los pies descalzos y el alma acorazada, gritando la verdad.

SOCRATES. – ¿Me permites, Pericles, besarla en la frente?

PERICLES. – Bien puedes hacerlo.

SOCRATES. – (*Después de besarla con devoción*)... Sólo quedas tú ya para acompañar al hombre en cuyas manos está el porvenir de nuestro pueblo.

ASPASIA. – Confío en que los Dioses no han de abandonarnos.

(Sale SÓCRATES).

PERICLES. – ¿Lo sabías?

ASPASIA. – ¿Qué?

PERICLES. – ¿Que él también se vería forzado a dejarnos?

ASPASIA. – Sí.

PERICLES. – Muy solos nos vamos quedando.

ASPASIA. – Me duele por ti. ¡Yo a qué más puedo aspirar, sino a vivir a tu lado?

PERICLES. – Por fortuna tú también llenas mi vida. Si al separarme de todos ellos no hubieras estado junto a mí, el desconcierto no habría tenido límites.

ASPASIA. – ¡Mientras los Dioses lo permitan, a tu lado estaré siempre, entregada a ti, a tu sangre, a tu gloria!...

(*Un resplandor purpúreo va inundando el horizonte*).

PERICLES. – Mira cómo se quiebra el sol en las columnas del Partenón... Parece que el mármol se entristeciera con nosotros al pensar en los ausentes.

ASPASIA. – Mejor están lejos. ¡Qué les esperaba aquí, sino la muerte y el escarnio?

PERICLES. – En fin: mientras me quedes tú y viva nuestro hijo, seguiré creyendo que, a pesar de todo, vale la pena luchar contra la incomprendición y la calumnia.

(*Entra TARGELIA*).

TARGELIA. – Señor...

PERICLES. – ¿Qué sucede?

TARGELIA. – Quiere hablarte Elpinice.

PERICLES. – ¿Otra vez?

ASPASIA. – (*Maliciosa*)... Fíjate: no todo es ingratitud... No te olvida.

PERICLES. – (*A TARGELIA*)... Niégame.

ASPASIA. – Recíbelas...

PERICLES. – ¿Para qué?

ASPASIA. – (*A TARGELIA*)... Dile que entre.

(Sale la esclava *TARGELIA*).

PERICLES. – No me explico tu empeño.

ASPASIA. – Eso te distraerá.

PERICLES. – Sólo una vez en la vida logró distraerme esa mujer; y el recuerdo de mi desliz es remordimiento que crece a medida que ella avanza en su otoño.

ASPASIA. – Por eso mismo: quiero que borres tu angustia con preocupaciones triviales.

PERICLES. – Con fastidio, en tal caso.

ASPASIA. – Lo mismo da... Te dejo con ella.

(Sale *ASPASIA* y entra *ELPINICE*).

ELPINICE. – No te felicité cuando bajaste de la tribuna, porque eran muchas las mujeres que te rodeaban, endiosándote como a un vencedor olímpico... La verdad es que para ti la guerra se ha convertido en un deporte.

PERICLES. – Quiera Apolo que en tal caso la llama no se extinga.

ELPINICE. – ¡Sublime tu discurso! Eres el primer orador de Grecia... Lo reconozco, aunque en el fondo no estemos de acuerdo.

PERICLES. – ¿De qué me acusas ahora?

ELPINICE. – «De que sacrificaste en el sitio de Samos a muchos y excelentes ciudadanos; y no guerreando contra los fenicios y los medos, como mi hermano Cimón, a quien también aniquilaste, sino asolando una ciudad aliada y de nuestro origen».

PERICLES. – «Estás ya vieja para usar ungüentos, como dijo el poeta Arquíloco»... pero aún no tanto como para juzgar mis acciones.

ELPINICE. – Por fortuna, Pericles, no vengo a hablarte en nombre del pueblo, ni a entrometerme en tu vida pública

PERICLES. – ¿En la privada, entonces?... ¿Te acompaña otra vez Filexia?

ELPINICE. – Días hace que no hablamos... Vengo sola.

PERICLES. – ¿Y a qué se debe ese honor?

ELPINICE. – A un impulso de simpatía... Al deseo de servirte.

PERICLES. – ¡En qué campo de acción?

ELPINICE. – Sé que hay un complot para asesinarte.

PERICLES. – Siempre los ha habido.

ELPINICE. – Pero esta vez te encuentras en grave peligro.

PERICLES. – Lo grave no es vivir en peligro, sino temerle.

ELPINICE. – El partido aristocrático estaría dispuesto a rodearte y a responder por tu vida.

PERICLES. – Ah... Vienes de embajadora...

ELPINICE. – En cierto modo...

PERICLES. – Si alguien te confió ese mensaje, dile que nunca me arrepentiré del camino que me he trazado... y que le trazaré a mi nuevo heredero.

ELPINICE. – ¡A un espurio!

PERICLES. – - ¡He de legitimarlo!

ELPINICE. – ¿Por la fuerza... O por el soborno?

PERICLES. – Por la convicción.

ELPINICE. – ¿Reconociendo tus propios errores?... Veo difícil que convenzas así a la ciudadanía... ¿Será posible que tus costumbres, que sirven de inspiración a los poetas satíricos y hacen reír en teatros y plazas, puedan ser argumento para modificar una ley?

PERICLES. – Mi vida íntima es sagrada, Elpinice... ¡Como tal la he de imponer!

ELPINICE. – Es Aspasia quien trata de imponerla. Ella quien te domina, y pretende mandar en Grecia a través de ti.

PERICLES. – Conozco tal habladuría, y la desprecio.

ELPINICE. – Haces mal; porque esa cortesana de Mileto te llevará a la ruina y al desastre. Debes abandonarla antes de que su delito llegue al ágora y lo castiguen los jueces.

PERICLES. – ¿Su delito, has dicho?

ELPINICE. – Mientras te empeñas en una guerra fratricida, a la cual Aspasia te impulsó, ella ha sido acusada... Y va a ser juzgada... Y la echarán de Atenas.

PERICLES. – ¿De Atenas?... ¿A Aspasia?

ELPINICE. – Veo hasta qué punto ella te domina y ciega... Abre los ojos y ponte a salvo, porque la opinión en contra de esa mujer es ya incontenible.

PERICLES. – Ahora sí veo la finalidad de tu visita. Ese era el golpe que ocultaban los pliegues de tu locuacidad.

ELPINICE. – Hazla salir de la ciudad antes de que venga el veredicto, que puede costarle la vida... Y vuelve a los nuestros, que están dispuestos a rodearte.

PERICLES. – Oye lo que te digo, Elpinice... ¡Oye lo que te digo, no para que lo calles, sino para que lo grites! ¡Aspasia no se irá de Atenas! ¡Ni saldrá de esta casa!

ELPINICE. – Para impedirlo tendrás que ensangrentar al pueblo, que corromper la justicia y volver a los días tiránicos de Pisístrato... Pero aún así, no lograrás amordazar la opinión.

PERICLES. – Ignoro qué me tocará hacer ; ¡pero lo haré!... ¡Corre a divulgar mi propósito!... Que lo sepan por tu lengua, ya que te regocijas en importunarme... ¡Ve a gritar que Aspasia no se irá!... ¡Qué lo afirma el mismo Pericles!... ¡El hombre que ha inmortalizado a este pueblo!... Di que ya echaron de aquí el pensamiento, y la belleza, y la sinceridad... Pero que no me quitarán el amor... Grítalo siquieres ante la misma estatua de Atenea, cuyo rostro se parece al de esa mujer que llamas cortesana... ¡Cúlpame, siquieres, de sacrilegio!... No, no me hables más... Habla, pero lejos de aquí... Y di también que la gloria de Pericles, y la espada de Pericles, serán perpetuadas por el hijo de esa mujer que se atreven a llamar extraña... ¡Ve a gritarlo!... Aquí no convencerás ni conmoverás a nadie... ¡Dilo a los mismos conspiradores!... Ve... ¡Pronto!

(Sale ELPINICE, amedrentada por la furia de PERICLES).

PERICLES. – ¡Aspasia!... ¡Aspasia!

(Entra ASPASIA).

ASPASIA. – No preví que fueras a exaltarte.

PERICLES. – No creí que pudiera yo soportar tantas impertinencias.

ASPASIA. – Cálmate...

PERICLES. – ¡Si supieras qué intriga ha venido a mover!

ASPASIA. – Cualquiera que fuese, no has debido tomarla en serio.

PERICLES. – Hasta me ha hecho vacilar en mis convicciones... Ahora me pregunto si no es error abandonar a la malevolencia a Fidias, y Anaxágoras, y Sócrates. ¿Sabes lo que pretenden?

ASPASIA. – Los que ambicionan el poder por el poder y por el botín, siempre estarán esgrimiendo armas bajas.

PERICLES. – ¡Ahora quieren ir contra ti!

ASPASIA. – No me extraña.

PERICLES. – Quieren separarnos.

ASPASIA. – Lo esperaba.

PERICLES. – ¿Y no te indignas?

ASPASIA. – ¡Para qué indignarme?... Al contrario... Quiero serenidad, ya que pierdes la tuya.

PERICLES. – Si fuera yo incapaz de luchar contra una ley que me ordenara separarme de tí, me rebelaría; porque sin ti perdería la fuerza para defender mis ideales; porque sin ti me faltarían la fe, el optimismo, el valor...

ASPASIA. – Si el destino hizo nuestro amor, el destino lo defenderá.

PERICLES. – No permitiré que tú y mi hijo sigan siendo pasto de la maledicencia.

ASPASIA. – Ese debe ser tu propósito; pero sin exaltarte.

PERICLES. – Si es preciso, haré sanción ejemplar.

ASPASIA. – ¡La violencia?... ¿Tú?... Nunca... Tú sólo puedes y debes triunfar con la inteligencia y el corazón... La violencia es arma de quienes se dan por vencidos en los campos del espíritu.

PERICLES. – ¿A qué recurso apelar entonces cuando los demás son inútiles?

ASPASIA. – Ganaste la batalla de Samos... Prepárate ahora a un nuevo combate... Baja la espada y levanta la voz... Al triunfo de tu brazo añade el de tu palabra.

PERICLES. – ¿Pretendes que vaya al ágora a que se me grite todo lo que hoy se rumora en contra nuestra?

ASPASIA. – Desafiaré contigo si es necesario la ira, y hasta la risa del populacho. Pero no acepto que me defiendas con abuso de poder.

PERICLES. – ¿Cómo entonces?

ASPASIA. – Si en Samos superaste a los héroes de la Iliada, ¿no podrá tu elocuencia, que siempre convence, defender nuestro afecto?... ¿Y defender a tu hijo?... ¿No podrás imponer justicia significando la democracia en vez de herirla?... Gana esa otra batalla, y dejarás el más noble ejemplo a la posteridad.

PERICLES. – Tienes razón, Aspasia.

ASPASIA. – ¡Si hasta empiezo a sentir el orgullo y la embriaguez de esa nueva gloria!

PERICLES. – Es verdad... ¿Por qué no he de ser capaz de desenmascarar con pruebas tanta infamia?

ASPASIA. – Escucho la ovación, que los enemigos tratarán en vano de ahogar... Y tu voz que se impone... Y tu razón que domina...

PERICLES. – Sí. Iré a convencer a los jueces... Demostraré quiénes son los traidores. Levantaré la conciencia social contra tanta ignominia.

ASPASIA. – Y lo harás serenamente... Ven acá... Meditemos... Debes ser sagaz... No vayas con la crudeza de Sócrates, hiriendo vanidades, sino con la modestia de un ciudadano indefenso, a quien injustamente se acusa.

PERICLES. – Diré ante todo: me ha citado la ley, y aquí estoy...

ASPASIA. – No vengo a burlarla, sino a someterme a su fallo.

PERICLES. – Ante la justicia, sólo soy un humilde hijo de Atenas, que no teme a la verdad ni a la muerte.

ASPASIA. – Sigue... sigue...

PERICLES. – Aquí está el poder, aquí están mi fortuna y mis trofeos, aquí están el honor y la misma vida, si así lo exige el respeto a las leyes que he jurado defender.

ASPASIA. – ¡Ahora sí eres tú quien habla! ¡Vuelvo a encontrarte!

PERICLES. – Difícilmente conservaría el aplomo ante el temor de que ese fallo fuera adverso.

ASPASIA. – También los generales tiemblan al iniciar el combate, porque jamás están seguros de la victoria... Dominarás la incertidumbre, como si tuvieras por delante las hordas del rey persa, que en la sombra es quien te acecha, en alianza con los tiranos de Esparta... Avanzarás como estratega, con toda clase de recursos, con todas las fuerzas de tu mente, hasta que veas la ley a tus pies, o hasta que caigas a los pies de ella.

PERICLES. – Iré a ese lance... En nombre tuyo y de mi hijo, daré esa nueva batalla por la libertad.

ASPASIA. – Ve a darla pensando que la libertad debe estar por encima de nuestro amor, de nuestras ilusiones, de nuestra misma vida...

(*Entra TARGELIA*).

TARGELIA. – Señor...

PERICLES. – ¿Qué?

TARGELIA. – Unos ancianos te preguntan.

PERICLES. – (*Desasosegado*)... ¿Qué quieren?

TARGELIA. – Dicen que son jueces... y que es algo urgente.

ASPASIA. – Veo que empieza la lucha.

PERICLES. – Déjame con ellos.

ASPASIA. – Sí... Pero cuida tu serenidad... ¡Qué te encuentren afable... y tranquilo!

PERICLES. – (*A TARGELIA*)... Tráelos acá.

(*ASPASIA sale por un lado y TAEGELIA por el otro. PERICLES espera sonriente...*).

TELON

TERCER ACTO

El Agora de Atenas, con tribuna para los JUECES, el ACUSADOR, el acusado y la primera fila de multitud, que se supone entre bastidores y en platea.

(*Al levantarse el telón, entran MENILO, HERMIVO y LAMARCO, conspiradores*).

LAMARCO. – ¿Listo todo?

MENILO. – Listo.

LAMARCO. – La ocasión va a ser única... El pasará por acá, atendido a su elocuencia; seguro, como siempre, de que dominará a la multitud.

HERMIPPO. – Y no es difícil que la domine... Recuerda lo que decía uno de sus émulos: «Cuando pienso que lo he derribado, Pericles se levanta, y convence a todo el mundo de que él es el vencedor».

LAMARCO. – Por eso mismo: debemos callarlo antes de que sea tarde.

HERMIPPO. – Aprovechando el tumulto.

MENILO. – Trataré de no fallar.

LAMARCO. – Atacas por la espalda... ¿No lo hizo él también cuando cortejó a tu mujer, mientras le obedecías en la milicia?

MENILO. – Si así fue, no quedaré burlado.

HERMIPPO. – La señal será una salva de aplausos... En seguida te escondes entre nosotros, y luego corres también con nosotros a socorrerlo... Nadie sabrá cuál fue la mano homicida.

LAMARCO. – Y se acabará el tirano.

HERMIPPO. – Y recibirás la gratificación ofrecida por los aristócratas que él marcó en Samos con hierro candente.

LAMARCO. – Y vivirás tranquilo, en la isla que te ofrece el rey persa.

HERMIPPO. – Pensando que, gracias a ti, Atenas vuelve a ser lo que era antes de esta odiosa demagogia.

MENILO. – Callen... ¡Viene Aristófanes!... ¡Con Elpinice!

LAMARCO. – Disimulemos...

HERMIPPO. – Son, por fortuna, los peores enemigos de Pericles.

LAMARCO. – Pero al fin y al cabo son un poeta y una mujer liviana. Mueven armas distintas de las nuestras y cambian fácilmente de parecer.

(*Entran ARISTÓFANES y ELPINICE*).

ARISTOFANES. – Mucha va a ser la gente que contempla esta farsa... Habían podido darla en el teatro Odeón... Y vosotros, ¿perteneceis al público, o a los coros?

MENILO. – Nos trajeron para aplaudir.

ARISTOFANES. – ¿Lo ves?

ELPINICE. – Habrá oportunidad, porque Pericles tiene más de histrión que de político.

ARISTOFANES. – No me rebajaría sin embargo a confiarle una de mis farsas.

ELPINICE. – Y la de hoy no es para lucirse. Creo que le espera el mayor de los fracasos. ¿Qué orador puede defender ante un pueblo consciente y unos jueces ilustrados a una mujer como Aspasia?

ARISTOFANES. – No fracasará del todo, porque en realidad no se trata de un juicio honorable, sino de discursos aprendidos, de conceptos impuestos, de fallo venal. Y todo, a base de la fuerza bruta con que se nos impone esta falsa democracia.

ELPINICE. – Se halla en retardo la mano que interrumpa esta comedia.

HERMIPPO. – Podría ser la tuya. Anímate.

ELPINICE. – Ya lo he matado moralmente.

ARISTOFANES. – Asesinarlo sería glorificarlo... Mañana nos acusarían de haber eliminado a un filántropo... Es mejor que la farsa siga su curso, hasta que se ahogue en ridículo. Lo que yo hago es lo más acertado: tomarlo en broma, para que se ría de él la posteridad.

LAMARCO. – Sigue llegando gente...

HERMIPPO. – Por centenares... Va a llenarse el mercado.

ARISTOFANES. – Pero casi todos tendrán sueldo, como vosotros, para aplaudir.

HERMIPPO. – Es posible.

ELPINICE. – Ahí vienen los jueces... y el acusador.

MENILO. – ¿Será verdad que están vendidos?

ARISTOFANES. – ¡A quién no puede pagar hoy el que derrocha los tesoros de la confederación helénica, so pretexto de defendernos contra los medos?... ¿Quién no tiene precio en Atenas?

(**Entra SÓCRATES**).

SOCRATES. – Un hombre al menos: yo.

LAMARCO. – Por eso andas descalzo... Y sin puesto público.

ELPINICE. – A pesar de las reglas de elocuencia y desprendimiento que te enseñó Aspasia.

SOCRATES. – Son muy buenas, pero de poco me sirvieron. Mi desprendimiento es innato y mis palabras serán siempre ásperas.

ELPINICE. – Aspasia en cambio sí aprovechó tus lecciones de amor...

(**Los JUECES, muy circunspectos, y el ACUSADOR, ocupan su tribuna al fondo de la escena**).

SOCRATES. – Lástima que envejezcas sin haber tenido de quien recibirlas.

ARISTOFANES. – ¡Pretendes ahora discutir con Sócrates?

ELPINICE. – (A SÓCRATES)... ¿Cuándo dejarás de ser agresivo?

SOCRATES. – Cuando vuelvas a ser insinuante...

ARISTOFANES. – Allí estaremos bien...

(**Los tres últimos van a un lado de la escena y se posessionan de un banco**).

LAMARCO. – ¡Allí viene ya!

MENILO. – Va a ser difícil romper el cerco de quienes le acompañan.

HERMIPPO. – Se está despidiendo de ellos... Quiere llegar solo.

MENILO. – Magnífico.

LAMARCO - ¡Cuidado con fallar, Menilo! En tus manos está el porvenir de Grecia.

VOCES FUERA. – ¡Viva Pericles!

CORO FUERA. – ¡Vivaaaa!...

(*Entra PERICLES sereno, sonriente, majestuoso... Aplausos*).

VOCES FUERA. – ¡Viva Pericles!

CORO FUERA. – ¡Vivaaaa!

LAMARCO. – Listo.

MENILO. – No fallaré.

PERICLES. – (*Avanza lentamente, pasa por delante de los conspiradores sin ofrecerles frente y ocupa su sitio, de espaldas a ellos*).

LAMARCO. – ¿Qué te sucede?

MENILO. – Pasó muy retirado.

HERMIPPO. – Acerquémonos.

LAMARCO. – No vaciles más.

(*Los CONSPIRADORES se acercan discretamente a PERICLES*).

VOCES FUERA. – ¡Viva Pericles!

CORO FUERA. – ¡Vivaaa!

LAMARCO. – (*A HERMIPPO*)... Si logra hablar nos fallará el golpe.

HERMIPPO. – Sería ruinoso para ambos.

LAMARCO. – ¡Anímalo!

HERMIPPO. – (*A MENILO*)... ¡Tienes miedo?... ¿U olvidas el ultraje?

MENILO. – Espío el momento más propicio.

PERICLES. – ¡Silencio! (*El rumor de la multitud decrece, hasta el silencio*). No he venido a que se me ovacione... Tan sólo a defenderme... Y a defender a una mujer... Estoy a la orden de los acusadores.

JUEZ. – Ciudadanos de Atenas: se abre el juicio contra Aspasia, cortesana de Mileto, a quien se acusa de corrupción, y de fatal influencia en los negocios de Grecia.

CORO. – Si... Sí... Sí...

JUEZ. – Este juicio no va contra ti, Pericles, sino en pro de tu fama, y de los servicios que prestas a la patria.

ARISTOFANES. – ¡No lo dije?... Ya comienza la adulación.

ELPINICE. – Pero no se atreverán a absolver.

JUEZ. – No se pretende atacar tu obra, sino defenderla. No se trata de ti, sino, como muy bien acabas de decirlo, de una mujer.

ELPINICE. – ¿Por qué no viene esa mujer entonces?

VOZ FUERA. – Sí. ¡Que comparezca!

CORO. – Sí... Sí...

PERICLES. – Lo que pretendéis, atenienses, no es verla, sino juzgarla. Su presencia sería por tanto inútil cuando vengo yo, dispuesto a defenderla.

COROS. – No, no, no... Sí, sí, sí...

LAMARCO. – Dame el arma entonces...

MENILO. – Calma, que lo echas todo a perder.

PERICLES. – Ella es la compañera y la animadora de quien os habla en este momento. ¡Del jefe de la Confederación Helénica!... Mas no por ello hemos de eludir la acción de la justicia, ni menos oponer la fuerza o el soborno al libre y limpio curso de la democracia.

VOZ FUERA. – ¡Viva la democracia!

CORO. – ¡Viva!

PERICLES. – Se quiere traer al ágora mi vida intima, y aquí la tenéis. Pericles aplaude que acuséis a Aspasia si la halláis culpable de cualquier delito... Pero también os pide, como simple ciudadano de Atenas, que le dejéis levantar la voz en defensa de esa extranjera... Y aún más: en defensa del hijo que ella le ha dado.

(*Rumores de discusión*).

JUEZ. – ¡Silencio!... Que hable el acusador.

VOCES DEL CORO. – Si... Si...

ACUSADOR. – (*En pie*)... Ya que me corresponde esa misión, atenienses, juro que he de cumplirla con honradez, y sin miedo a represalias de los grandes.

PERICLES. – Mientras me halle investido del poder, nadie tema a la sinceridad, por cruel que ella sea.

ACUSADOR. – Bien sabéis, atenienses, que Pericles, el defensor de Aspasia, fue esposo de Filexia, a quien abandonó con dos hijos.

PERICLES. – (*Apacible*)... Vino a mí después de ser esposa de Hipónico y madre de Clinias el rico... Y al dejarme fundó un tercer hogar, que aún puede ser prolífico... Y a mis hijos no los abandoné. Ellos más bien me abandonaron para seguirla. No necesitamos, pues, compadecerla.

(Risas del populacho).

ACUSADOR. – ¡Y qué motivó la separación de Pericles y Fileisia? ¡Y la protesta de sus hijos Jantipo y Paralo?... Lo hizo, a pesar del cargo que ocupa, para entregarse a una advenediza cuya lista de amantes, y cuyas lidiandades con toda Atenas, son tema de escandalosos comentarios.

(Aplausos y protestas).

PERICLES. – Debo replicar, señores jueces.

ACUSADOR. – No soy enemigo de la libertad, pero sí amigo del decoro. No soy enemigo del amor, pero sí defensor del hogar. No soy tampoco enemigo de la aventura; pero no admito que a ella se subordine la suerte de todo un pueblo. De ahí que mi acusación no vaya contra el poder de Pericles, sino en su defensa. Combato a los áulicos que lo extravían y a las cortesanas que lo envilecen.

PERICLES. – Pueblo de Atenas: ¡si esas palabras son en verdad hijas del patriotismo y la honradez, os pido que aclaméis al acusador!

(Silencio profundo).

ACUSADOR. – Empiezas, Pericles, a defenderte con tus ya conocidos recursos oratorios... No importa... No temo a la magia de tu palabra, porque en mi favor está la cruda realidad de los hechos.

PERICLES. – ¿Cuáles hechos?

ACUSADOR. – Todo Atenas los conoce. ¡Cómo permitir que en casa del primer mandatario haya un cenáculo de hombres amorales, dirigidos por la que hace algún tiempo vivía de estimular la curiosidad de las damas inquietas y las ligerezas de la juventud?... ¡Aspasia debe salir de Atenas! Y sin ella, Pericles, cuya autoridad reconozco y respeto, podrá realmente gobernarnos.

(Vocero).

JUEZ. – ¿Ha terminado la acusación?

ACUSADOR. – Sí, señores jueces... En nombre de la justicia, del orden, de la moralidad, pido que Aspasia sea expulsada de todos los dominios de la confederación... ¿Estáis de acuerdo, ciudadanos atenienses?

VOCES. – Sí... Sí...

ACUSADOR. – Escuchad, señores jueces, por adelantado el veredicto popular. Ese es, aunque haya tratado Pericles de entorpecerlo con sus recursos elocuentes... ¡Aspasia debe salir de Grecia!... ¡Aspasia debe salir de Grecia!

VOCES. – Sí... Sí... Sí...

PERICLES. – ¿Quién falla aquí?... ¿El acusador, la muchedumbre o los ciudadanos?

VOCES. – ¡Que hable Pericles!... ¡Que hable Pericles!

JUEZ. – Escuchemos a la defensa.

(Aclamación).

PERICLES. – Al formular sus cargos, señores jueces, el acusador ha reconocido un hecho que deseó someter a plebiscito: que quien habla en estos momentos es el jefe de la Confederación Helénica. ¿Hay alguien que halle en esa afirmación fraude o mentira?

ARISTOFANES. – Inútil redundancia.

ELPINICE. – Eso prueba que está perdiendo aplomo.

PERICLES. – ¿O habrá quien desconozca mi desinterés y entusiasmo por la causa de Atenas?... ¿O quien me acuse de dolo en la administración pública, o de cobardía en el combate?... ¿O quien se atreva a negar mi consagración a la causa del pueblo?... ¿Quién refutaría así las palabras del acusador?

ELPINICE. – (A ARISTÓFANES)... Atrévete tú.

ARISTOFANES. – No sé discutir en prosa.

PERICLES. – Por el silencio que me envuelve, sospecho que nadie pone en duda la honradez de mi gobierno... Es, pues, el Jefe del Estado quien no sólo permite, sino que solicita este juicio y aplaude a cuantos se empeñen en defender la república.

ELPINICE. – Si tú no protestas, lo hago yo.

ARISTOFANES. – (En voz alta)... No reconozco tu autoridad, Pericles... Me inclino tan sólo ante la fuerza bruta con que te has impuesto.

PERICLES. – Respeto tu opinión, y veo que no todos están conmigo. Se me opone al menos un poeta imberbe... Mejor así: porque la poesía, cuando no es rebelde, pierde su encanto... También debieran protestar los agentes de Persia y de Esparta, y los aventureros que aspiran a saquear otra vez el tesoro público... Pero si quien me desaprueba es la mayoría de los ciudadanos, listo estoy para entregar el mando.

VOZ. – ¡Cállate, Aristófanes!

VOZ. – ¡Cállate, pedante!

PERICLES. – No. Que hable. ¡Y que lo haga en verso! Y que cuando sus rimas sean magistrales, le den los coros para que lo consagren como artista.

(Risas del auditorio).

ARISTOFANES. – (A ELPINICE)... ¡Te convences?... En vez de hacer reír al público esta vez, sólo he logrado que se rían de mí... Vámonos...

ELPINICE. – Sí... Antes de que me toque el turno.

(Se retiran ARISTÓFANES y ELPINICE).

PERICLES. – Más aunque en mis manos estén los destinos del mundo helénico, voy hablar ahora como simple ciudadano. Y como tal, me uniré al acusador para defender también al jefe del Estado.

ACUSADOR. – ¡Sofisma!

PERICLES. – No hay sofisma. Es posible que haya quienes acusen honradamente a Aspasia. Pero son muchos los que la toman como pretexto para atacar a un mandatario a quien no se atreven a desconocer ni a combatir frente a frente... Hay quienes no persiguen el ostracismo de una mujer, sino la caída de un demócrata... Y muchos de ellos no se mueven por simple pasión política, sino por influencia de los tiranos que ansían debilitar y corromper a la república.

LAMARCO. – No vaciles más.

MENILO. – Hay tiempo todavía.

PERICLES. – Y este no es el primer golpe traicionero. Puede más bien que sea el último... Me asesoraba un hombre que vino a elevarnos intelectualmente, y se le acusó de ateo para desterrarlo... Proscrito el pensamiento, quedaba el culto de la belleza. Entonces se trató de impedir que surgiera el Partenón, y se protestó contra el derroche. Ofrecí mi fortuna para terminar el templo, y entonces se buscó otra insidiosa: Fidias era un ladrón... Y cuando se demostró que en la estatua de Atenas se hallaba todo el oro entregado al artífice, no hubo más remedio que acusarlo de sacrilegio... Era preciso debilitarme desterrando también el arte...

ACUSADOR. – Aquí no se trata de Fidias, ni de Anaxágoras... Se trata de Aspasia... Hemos venido a juzgar a Aspasia.

PERICLES. – Si. El nuevo golpe es contra Aspasia... contra el amor... Más claro aún: ¡contra la mujer que amo!

ACUSADOR. – (*Mordaz*)... ¿Contra una de ellas?...

PERICLES. – Sólo amo a Aspasia. Si hay otras en la lista del acusador, tal vez me atrevería a confesar que las amé... Y que por tanto sólo les corresponde un silencio respetuoso...

ACUSADOR. – No es mi propósito que esto se vuelva un debate galante.

PERICLES. – (*Vehemente*)... ¡Pero admitís acaso, atenienses, que se pueda vivir y luchar sin amor?... Con él se afrontan todas las amarguras, contratiempos e injusticias... ¿Quién, dispuesto a defender su afecto, no se pondría en guardia ahora mismo si nos anunciaran que los espartanos asaltaban nuestras murallas?... Veo los brazos erguirse, las armas brillar, las frentes alzarse estoicas ante el peligro... Oigo saltar los pechos como potros, al galope de la victoria.

HERMIPPO. – ¿Te commueves ahora?

MENILO. – Espera a que termine...

PERICLES. – Pero si se dijera en cambio que nada es digno de ser amado... ¿Para qué soñar? ¿Para qué luchar?... ¿Para qué vencer?... Esto, esto es lo que persiguen mis enemigos ahora; y más que ellos, los enemigos de Grecia, que envidian nuestras virtudes sociales; y los que muerden aun las derrotas de Maratón y Salamina... Quitémosle, se dijeron, el vigor del pensamiento... Quitémosle el influjo de la belleza... Quitémosle la amistad noble y desinteresada... ¿Aún está en pie?... ¿Por qué?... ¡Le queda el amor...! Quitémosle el amor, y caerá Pericles, y habremos dado un paso certero hacia la anarquía de Atenas. (*Pausa solemne*). El juicio que nos reúne no es, atenienses, la simple acusación a una mujer. No es acto de moralidad social. Es vil jugada política.

ACUSADOR. – Eso es un insulto a los jueces y a la ciudadanía.

PERICLES. – Por el contrario: es su defensa.

LAMARCO. – Vamos a fracasar.

HERMIPPO. – Si no te decides, dame el arma...

MENILO. – Tómala, pues... (*Mueve el puñal bajo el manto*)...

PERICLES. – ¿Qué se alega a mis espaldas?... ¿No estáis de acuerdo?... ¿Movéis manos en vez de argumentos?... (*Levanta el manto de MENILO y descubre el puñal*)... ¿Qué escondes?... ¿Un puñal?

MENILO. – (*Turbado*)... Para defenderte.

PERICLES. – No he pedido guardaespaldas... Si el arma está destinada a mis enemigos, la considero indigna del ágora (**se la quita**)...

JUEZ. – Traedla acá.

MENILO. – No iba a esgrimirla, sino a aplaudir.

PERICLES. – Con las manos libres aplaudirás mejor, y votarás más fácilmente en contra mía, si así lo manda tu conciencia.

JUEZ. – (**Recibiendo el arma**)... Que siga la defensa.

PERICLES. – ¡Quién era Aspasia?... Cortesana... Y extranjera... ¿Y por qué vino a nuestras playas?... Porque los mismos que redujeron a cenizas los antiguos monumentos de la Acrópolis, y violaron a hijas, esposas y madres de atenienses, convirtieron en escombros, por odio a nuestra cultura y miedo a nuestra prosperidad, a la noble ciudad de Milet... ¡Qué diría cualquiera de vosotros si una de sus hijas o hermanas hubiera sido mancillada, y al ir a otra ciudad griega en busca de hospitalidad se la recibiera con un juicio como este?

VOZ. – Que lo diga Sócrates.

VOZ. – Que hable Sócrates.

SOCRATES. – (**Saliendo de la multitud a mitad de la escena, decidido y desafiante**)... ¿Quién ha pedido que yo hable?... ¿Quién ha nombrado a Sócrates?... No me conformo con oír su voz... Quiero verle la cara... saber si es ciudadano de Atenas, o simple extranjero que se oculta entre la multitud para sembrar discordia y anarquía... ¿Por qué no aparece?... ¿Por qué lo encubren?

(**Silencio**).

Nunca he sentido miedo de hablar, y menos cuando puedo quitar la máscara a los pedantes, a quienes presumen de sabios en su ignorancia o de moralistas en su corrupción... Por lo pronto, dispuesto estoy a discutir ahora mismo, aquí mismo, si los jueces me lo permiten, con quien se atreva a plantearme polémica frente a frente, y quisiera demostrar que en esta cobarde acusación, en que todos atacan por la espalda o en manada, está seguro de no haber codiciado la mujer de su prójimo, ni dudado de la suya propia, ni entendido qué cosa es el amor puro y altruista.

(**Silencio**).

¿Nadie acepta el debate después de haberlo planteado? ¿Nos ahogaremos en murmullos vacilantes, faltos de carácter y sentido moral?... ¿Y he de pensar que estos hombres, estos que buscan el anónimo para agredir, son quienes se empeñan en juzgar en masa a una simple mujer que no les ha hecho daño, sino más bien ha dado ejemplo de amor a la república?

UNA VOZ. – ¡Que viva Sócrates!

VOCES. – ¡Que viva!

SOCRATES. – Viviré, sí... Viviré unos años más, para disgusto de quienes mueren de vanidad, envidia o ambición impotente... Viviré hasta el día en que, buscando pretextos menos triviales que el de ahora, me hagáis venir a mí también al banquillo de los acusados, y hasta me hagáis beber la cicuta para que os deje vivir en paz con vuestras pequeñeces, vuestros fanatismos, vuestros engreimientos... En tanto, quienes queráis oírme más verdades, venid con mis discípulos al mercado, donde enseño todos los días.

(**Sale ante el silencio de la multitud que le aplaude**).

PERICLES. – Sócrates no necesitaba hablar. Sólo declararía, al cabo, con razón y aún con orgullo, que amó y fue amado. No debéis sentir por ello escándalo, como no siento yo tampoco dolor ni vergüenza. Si ella lo amó y él la amó, al lado de él Aspasia se elevó sobre el nivel mediocre de cuantos pretenden denigrarla... En cuanto a mí, aprecio más la herencia de un filósofo que la de un mercader.

(*Risas inteligentes*).

Pero lo que importa aquí, lo que a muchos preocupa a fondo, no es el pasado de Aspasia, sino el afecto que ella me profesa para darme ánimo, optimismo y desinterés... Tanto se reconoce su superioridad sin embargo, que hasta hay quien afirma que es ella quien me hace los discursos... Voy a confesaros la verdad: Sí. Mis discursos son obra de ella, porque no sabría darles vida si no la tuviera a mi lado, estimulándome... Ahora mismo es ella quien me inspira, quien mueve mi mente y mi lengua... Quitadme a Aspasia, y mis frases serán torpes, turbias y estériles.

ACUSADOR. – Reconoces entonces que quien nos manda es una mujer... y una extranjera.

PERICLES. – Me has entendido mal. Ella me inspira; pero quienes mandan son las leyes. Y son ellas las que han de decidir este juicio. Y he de acatarlas aunque su fallo sea condenatorio. Seguid por tanto escuchando, no a Pericles, sino a Aspasia, si os agrada el talento de una mujer sobrehumana... Pero suprimidla, y no caerá Samos en pocos meses, y nuestra escuadra será abatida, y Atenas perderá el poderío marítimo, para que avance el despotismo oriental... Quitadme a Aspasia, y el anhelo de engrandecer y embellecer a Atenas se vendrá a tierra... Quitadme a Aspasia, y lo que es hoy fraternidad de pueblos libres se desbaratará como collar que reventó su hebra... Quitadme a Aspasia, y la envidia espartana, que se halla en acecho, vendrá a demoler los muros del Pireo, a partir mástiles e incendiar de nuevo la Acrópolis, sin que vuestros brazos puedan impedirlo si os falta el grito autoritario y convincente... Y las leyes caerán bajo el talón de los bárbaros... Quitadme a Aspasia; y si no contáis con el hombre honorable y valeroso que haya de sucederme, habréis dado un golpe mortal, no al poder de que me habéis investido, sino a mi fe en la misma democracia.

ACUSADOR. – Eso es demagogia.

VOZ FUERA. – ¡Que venga el veredicto!

PERICLES. – Retardémoslo unos instantes, porque sé que va a jugarse en él, no el prestigio de un hombre, sino la suerte de un pueblo.

ACUSADOR. – Si desmayas, no eres el único que pueda defendernos y engrandecernos.

PERICLES. – Pero habéis reconocido que estoy haciéndole bien a mi pueblo, y que se halla en vigor mi autoridad... Pues bien: ese mismo poder de que me habéis investido, y que gustoso dejaría en manos de otro hombre más capaz, aunque nunca más patriota que yo, es el que ahora se me quiere arrebatar, no con sanas medidas, sino con recursos mezquinos... Si así lo entendéis, ciudadanos, os ruego, por la justicia y por la república, que rechacéis tan perfida acusación... Os lo pido, jueces, con lágrimas en los ojos. ¡Por el amor, ya sea secreto, que cada uno de vosotros defendería ahora mismo con su propia vida al sentirlo ultrajado!... ¡Y por el mismo amor a la patria!... Si Aspasia fuere condenada al ostracismo por el delito de amar a Atenas y a su jefe, la crueldad y la ingratitud opacarían nuestra suerte.

JUEZ. – ¿Habéis terminado?

PERICLES. – Aun no... Y diréis que soy exigente; porque a esa súplica se añade otra que va contra la misma ley... Y aun más: contra la ley que yo mismo dicté... Cuando negué el derecho de ciudadanía a los hijos de extranjera, obré, sin sospecharlo, contra mi propio hijo... Reconozco humildemente mi error, que ha despertado en mí nuevos sentimientos humanitarios... Me dominó el orgullo ateniense, y lo castigaron los Dioses.

(Rumor de multitud que tiende a desbordarse).

Quienes me odian, sentirán en estos momentos el pavor de que mi sangre pueda perpetuarse..

JUEZ. – ¿Habéis terminado?

PERICLES. – (*Limiándose los ojos*)... Sí... Fallad, jueces... Espero ese fallo para acatarlo.

(Mutación).

(El escenario se oscurece, y al aclararse de nuevo, tan rápidamente como sea posible, aparece ASPASIA tendida en un sofá, rodeada de ESCLAVAS, con TARGELIA al lado).

ASPASIA. – ¡ Habla todavía?

TARGELIA. – Terminó... Creo que están contando votos.

CORO. – ¡Qué angustia!... ¡Qué angustia!...

ESTROFA. – ¡Si Atenea los inspirara!

ANTISTRIFA. – ¡Si Hestia desconcertara a los enemigos!

CORO. – ¡Qué angustia!... ¡Qué angustia!

TARGELIA. – La multitud está como petrificada.

ASPASIA. - Óyeme...

TARGELIA. – (*Acercándose*). . ¿Señora?

ASPASIA. – ¿Todo está listo, como te encarecí?

TARGELEA. – Señora: ¡No pienses en esa locura!

ASPASIA. – Si Pericles fracasa esta vez, la locura sería vivir.

TARGELIA. – Verás que conmovió a los jueces.

ASPASIA. – Poco espero de los jueces... y menos del corazón humano.

TARGELIA,- ¡No puedes darle esa pena a Pericles!

ASPASIA. – Para él será menos doloroso ver salir de aquí mis despojos que mi desesperación.

TARGELIA. – Podríamos vivir en otras ciudades, donde os recibirían con los brazos abiertos.

ASPASIA. – El no puede abandonar su estrella. Si en este mundo no logro seguirla, le acompañaré desde el más allá. Presiento un más allá, como el de las mariposas que rompen el capullo... Un más allá de inmensos horizontes, que nos permitirán girar más fácilmente en torno a los seres queridos y vigilar su derrotero... Le dirás que morí para no abandonarlo; para seguir junto a él, inspirándolo y defendiéndolo, hasta que cumpla su gran misión...

TARGELIA. – ¡Y si él ha logrado convencer?

ASPASIA. – Mucho es su poder de convicción... Pero no... La vida, aunque bella, no es tan bella...

TARGELIA. – ¡Señora!... ¡Señora!

ASPASIA. – ¿Ya?

CORO. – ¡Qué angustia!... ¡Qué angustia!...

ASPASIA. – ¿Fallaron?

TARGELIA. – Dicen que ya votaron los ciudadanos, y que han vuelto al estrado los jueces.

ASPASIA. – ¡Ayúdalo, Atenea!

TARGELIA. – Hasta el viento se halla en suspenso.

ASPASIA. – Sí... Es un silencio de mal augurio.

CORO. – ¡Qué angustia!... ¡Qué angustia!

(Oscurece gradualmente. Al volver la luz, aparece de nuevo el ágora. PERICLES se halla. en el mismo sitio que ocupaba cuando cayó la oscuridad. Está cabizbajo, pero solemne. Los CONSPIRADORES se han ido... Los JUECES entran poco a poco con semblante frío e impasible).

JUEZ. – (**Cuando haya completo silencio**)... Hijos de Atenas que estáis reunidos hoy en el ágora para servir a la república: No ignoráis que la mayoría de los ciudadanos decide en nuestra democracia si un acusado merece la libertad, el exilio o la muerte.

(Rumor).

Esa mayoría acaba de tomar su determinación inapelable... Para darla a conocer sólo espero que haya completo silencio (**cuando haya silencio**)... Escuchad ese fallo, Pericles, como representante que sois de la acusada, y también de nuestras leyes.

PERICLES. – Sea cual fuere, sabré cumplirlo.

JUEZ. – (**Tras una pausa que espera el silencio completo**)... Pericles: ¡Atenas os concede el amor de Aspasia!

(Ovación popular).

PERICLES. – ¿Y mi hijo?... ¿Y mi hijo?

JUEZ. – ¡Silencio!... ¡Silencio!

PERICLES. – ¿Qué decís de mi hijo?

JUEZ. – (**Al reinar de nuevo el silencio**)... Vuestro hijo, Pericles, ¡es ya un ateniense!

TELON

